

## Segundo domingo de Cuaresma – 5 de Marzo de 2023

Gn 12, 1-4°; 2 Tm 1, 8b-10; Mt 17, 1-9



Imaginen lo que representa un rayo de luz que penetra a través de las grietas de una cueva para llegar a sus habitantes. Me atrevo a creer que el misterio de la Transfiguración ha tenido el mismo efecto sobre los discípulos testigos de este acontecimiento. Al contemplar este misterio en el contexto de hoy, es preciso encontrar luz y consuelo para superar nuestras preocupaciones ante el futuro.

Contemplar el misterio de la Transfiguración es experimentar en el interior la presencia del transfigurado en todo su poder y esplendor. Para entrar en este proceso contemplativo hay que decidirse a dejar sus pequeñas zonas de confort. Abraham ha abandonado su país. ¿A qué puedo renunciar? ¿Debo renunciar a mí mismo? ¿O a algo que me ata y me impide ir más lejos? Si se quiere recuperar la luz, hay que hacer un paso, un adelantamiento. Hay que saber partir hacia lo desconocido con la única seguridad de que la luz está al final del túnel.

Un doble contexto enmarca nuestra reflexión y nuestra comprensión del Evangelio de hoy: el contexto litúrgico del tiempo de Cuaresma y el contexto vinculado a la experiencia de los discípulos testigos de la transfiguración.

En el plano litúrgico, el mensaje de la transfiguración sigue al episodio de la tentación en el desierto. Este tiempo de desierto que representa la cuaresma es un lugar de vivo combate espiritual con vistas a ser transfigurado con Cristo. Como tiempo de desierto, la cuaresma es un camino de conversión y, literalmente, un camino de transfiguración. Llamados a configurararnos con Cristo, estamos así llamados a ser transfigurados (meta-morfosis). Este es el mismo objetivo que el tiempo de Cuaresma nos propone buscar: la conversión. ¡Contemplar la transfiguración de Jesús es contemplar la realidad hacia la que tendemos, es contemplar nuestro futuro!

En cuanto al contexto vinculado a la experiencia de los discípulos, hay que recordar que el episodio de la transfiguración sigue a un anuncio bastante inquietante que acababa de hacer: el anuncio de su pasión. Era para los discípulos un anuncio muy desconcertante: un verdadero trueno en un cielo sereno. Incluso Pedro, que acababa de hacer una hermosa profesión de fe, no supo contener sus emociones: «Dios te lo guarda, Señor, esto no te sucederá» (Mt 16,22). A pesar de nuestras vivas convicciones y de nuestros posibles testimonios de fe, la locura de la Sabiduría de Dios sigue siendo, sin la luz de la revelación, un punto difícil de alcanzar. La transfiguración es, con razón, un acontecimiento revelador que, en su contexto, viene AFIRMAR para CONFIRMAR y CONSOLIDAR la fe de los discípulos.



Una afirmación: ¡Este es mi hijo amado! Se revela la identidad de Jesús. El lugar de esta revelación es muy simbólico: la alta montaña donde Moisés había tenido la revelación del Dios de la Alianza (Ex 19) y el profeta Elías, la revelación de la ternura de Dios en una brisa ligera (1R 19). También en esta Montaña los discípulos fueron conducidos a vivir este momento lleno de Luz. Este es mi hijo amado: esta afirmación confirma lo que Pedro, en nombre de los demás discípulos, había profesado: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16) y, de repente, viene a confirmar la fe de los discípulos frente a los tormentos que provoca la inminencia de la pasión de Cristo.

La pasión de Cristo fue para los discípulos un anuncio desconcertante y la pasión (los sufrimientos) que el cuerpo de Cristo (la Iglesia) sufre hoy es también desconcertante: las violencias, las guerras, las catástrofes naturales hacen brotar lágrimas que empañan los ojos que ya no ven la esperanza que brilla en el horizonte. Que nuestros oídos estén cada vez más atentos al verbo eterno del Padre para que se disipen las tinieblas de nuestras cavernas hechas de sufrimientos e inquietudes.



**Jackson Fabius, smm**